

VALIJA indiscreta

ESPLENDOR Y MISERIA DE LA PROPAGANDA

Debemos suponer que el fin de la guerra traerá consigo el fin de cuanto sirvió para provocarla, entre lo que figura en lugar prominente la propaganda, arma terrible del totalitarismo. La derrota alemana servirá, entre otras cosas, para demostrar la inutilidad de la propaganda. Ningún otro país, como Alemania, se había servido de ella en forma tan metódica, insistente y extensa. El Reich hitleriano fue un puro producto de la propaganda. Y si ahora resulta que Alemania es vencida y destruida, cabe preguntarse: ¿para qué le ha servido la propaganda? Seguramente tan sólo para conducirla a la derrota, pues la propaganda es el arte de lo ficticio y de lo irreal, y consiste en hacer creer a los pobres de espíritu que dos y dos son seis. La derrota, que es la consecuencia de la propaganda, consistirá en volver a la realidad al pueblo alemán, que tendrá que darse cuenta de que todavía dos y dos son cuatro. (Y siguiendo este símil aritmético, podría decirse que una paz de compromiso, como ha afirmado alguien, equivaldría a aceptar que dos y dos pueden ser cinco).

La propaganda proclama la ausencia tanto de ideas ajenas como propias. Los regímenes totalitarios no se basan en ideas, sino en consignas. Y la consigna es, simplemente, la vacación mental. Cuando un hombre carece de ideas se limita a dar un grito, del mismo modo que el famoso tenor del gallo-gritón (Niva Cartagena) Cuando el hombre del grito pretende que el suyo lo repitan los demás hombres se inscribe automáticamente como aspirante a dictador. Y así nacen los regímenes totalitarios, que se caracterizan por la ausencia total de ideas y el dominio total de consignas. Aun los pueblos de espíritu más jugoso y los más imaginativos, como son los latinos, caen en deplorables manifestaciones de inopia mental cuando están trabajados por la propaganda, y así hechas visto a los fascistas italianos expresar todo su entusiasmo político exclamando: ¡Duce, Duce, Duce!, y a los falangistas españoles berreando: ¡Franco, Franco, Franco!, agotando con los tres golpes a la consigna —técnica de codorniz— toda su capacidad de discurso.

La propaganda no trata solamente de mecanizar a la opinión, sino que intenta someter el hombre a la máquina, el cerebro humano al gramófono. El arma principal de la propaganda es, en efecto, el gramófono. Y un ministerio de Propaganda, en los países totalitarios, es simplemente un taller para grabar discos. Se graban unos centenares de discos que se repiten en las emisoras de radio cada día, cada hora, hasta que, al fin, millones de hombres se convierten a su vez en gramófonos y repiten la misma variedad del disco. Los pueblos que no caen en la abyección totalitaria son aquellos que le dicen al ministerio de Propaganda: "Ya puedes ir grabando discos, que lo que es a mí no me lo harás repetir". La resistencia al gramófono es, pues, la salvaguardia de la libertad y de la dignidad humana.

Algunos países totalitarios han llamado a su ministerio de Propaganda ministerio de Cultura Popular. Tratan de ese modo de hacer creer al pueblo que le dan un tipo de cultura y que lo protegen de una mentalidad confeccionada de percha. Pero la cultura y lo popular son la negación de la propaganda. Antes de quedar adulterado por la propaganda, cualquier rústico posee mayor sabiduría que un ministro totalitario de propaganda.

En Francia, país refractario a las ideas hechas, se llama a la propaganda "bourrage de crânes", y al encargado de hacerla "bourreur", parónimo de "bourreau", verdugo. El verdugo corta la cabeza y la propaganda la inutiliza, llena el cráneo, lo atiborra —pues eso es "bourrer", llenar de borra— de cosas inútiles y nocivas. Entre "bourreur" y "bourreau" sólo hay dos letras de diferencia. Victor Hugo y nuestro Urnammo hubieran podido hacer, con esos dos vocablos, un genial juego de palabras.

Hubo un tiempo en que algunas personas inteligentes creyeron que la democracia y la libertad debían defenderse empleando los mismos métodos que utilizábamos contra ella el totalitarismo, es decir, debían recurrir a los mismos procedimientos de propaganda. Esas personas inteligentes eran ya, sin duda, víctimas de la propaganda, habían quedado contagiadas del mal, pues la libertad y la democracia no pueden ser defendidas por procedimientos

que conducen al totalitarismo, esto es, a la inteligencia uniforme, al cerebro convertido en borra, a la consigna como sustituto del pensamiento. La libertad y la democracia requieren que cada cual piense con ideas propias, y un hombre libre, un ciudadano, no acepta que en la función de dicarriir lo sustituya un disco de gramófono.

Ignoro si en la conferencia de Dumbarton Oaks, donde se han examinado los problemas políticos de la postguerra, se ha tratado de esta cuestión de la propaganda, como una de las calamidades que hay que extirpar del mundo si se quiere desarraigir de él el totalitarismo. Pero creo que una organización razonable de los pueblos después de la guerra sólo será posible si el futuro estatuto internacional inscribe entre sus principios fundamentales el siguiente: "Queda proscrita la propaganda y se obliga a todos los hombres a pensar por su cuenta".

41
11 febrero 44

→ aquel [después del gallo]

A.P.C.E.
SIG.:
1.2e/1083